

PRAT DE LA RIBA Y LA «ESPAÑA GRAN»

Vivimos momentos de serena revisión de actitudes. Desde una sosegada madurez, se contemplan problemas y hombres, ayer agitados por viento de la polémica. El día 26 de enero, fecha de la liberación de Barcelona, ondeó en el balcón principal de la Diputación Provincial, junto a la enseña nacional, la barrada bandera catalana, de donde la primera tomó sus colores. La decisión era lógica. Cataluña, entidad histórica, no quería sentirse marginada de la gozosa efeméride.

Pues bien, unos trabajadores andan estos días instalando en el patio de los naranjos de la entidad provincial, próximo a donde una fuente mana su agua bajo los cascos legendarios del caballo de San Jorge, un busto del que fue presidente de la Diputación de Barcelona, y más tarde, de la Mancomunitat, Enric Prat de la Riba. Una partidista información, envuelta en la conflictiva de nuestro pasado, nos hizo ver, bajo óptica incompleta, a una serie de figuras del «98», ahora en trance de revisión clarificante. Uno de esos hombres, en reexamen, puede ser el egregio varón de Castellfresol. Nacido en 1870 en un hogar modesto, se formará a la sombra de un doble signo; de un lado, romántico y dentro del espíritu del noble Carlismo catalán; de otro, reflexivo, universitario, investigador. Ello lo llevará, no sin ciertas vacilaciones intelectuales, al planteamiento de una teoría acorde con parte del pensamiento del siglo XIX.

Para Prat de la Riba, existirán dos conceptos distintos: el del Estado, como creación política voluntaria; el de Nación, como comunidad natural e histórica. Ambos conceptos no chocan, sino que se complementan. «Governada Espanya per l'Estat espanyol els catalans som espanyols com a membres d'aqueix Estat, com a ciutadans d'aqueixa societat política.» Así escribió en «La Veu», en 1899.

El cuerpo doctrinal de Prat de la Riba sufrirá, con el tiempo y las circunstancias, una delicada evolución. Eugenio d'Ors, que tan cerca estuvo de su persona y de su obra, resumió a uno de los biógrafos de Prat de la Riba, Oliver Bertrán, los sucesivos estratos de su ideología. La primera capa de Prat —dijo «Xenius»— era «regionalista»; la segunda «nacionalista». Pero a partir de 1898 —recuérdese la fecha, después del «Desastre» que tan enormemente sacudió a la conciencia y a la sociedad catalanas— Prat de la Riba adoptará una nueva actitud: la «imperialista». Influido, quizá, por los más jóvenes (Pijoan, Cambó, D'Ors) entenderá ya estre-

cho el ideal nacionalista, tan grato a los románticos. Y buscará una formulación de los pueblos de España religados por la asunción de un destino común y colectivo, sin mengua de sus peculiaridades.

De ahí que durante una visita de Don Alfonso XIII a Barcelona, acompañado de su esposa, la Reina Doña Victoria, Prat de la Riba, al recibirlos en la Mancomunitat, esboce el tema. Después de elogiar las libertades locales, pasó a afirmar que ellas son «el punto de partida de una era de resurgimiento vigoroso que permita de nuevo a España elevarse a las alturas del Imperio». Del mismo modo, elogiando el proyecto de Ley Local de Antonio Maura, había pedido: «Haciendas municipales muy capaces.» «Se educará a una generación apta para la función de la Administración y del Gobierno, apacitándola para elevar nuevamente a los decaídos pueblos españoles a la potestad del imperio.» Prat, que fue germanófilo durante la primera guerra mundial, solía tener, frente a sus ojos, el ejemplo de la resurrección de la Alemania de Bismark. Así, en el problema de las «dos Españas», en el que también participa, se inclina por el sueño de una Patria grande, transformada y renovada. «Dos espirits colectius, dues Espanyes, l'Espanya vella, que s'en va, i l'Espanya jove, l'Espanya nova, que arriba.»

Al producirse el hecho sangriento de la «Semana Trágica», Prat de la Riba se coloca al lado de la autoridad nacional y se sitúa, como hombre de gobierno, contra la iconoclasta, ciega violencia destructiva. «Y al condenarlos (los sucesos) protestamos de que se haya escogido para perpetrar estos atentados el momento en que nuestro Ejército lucha, heroicamente (en Marruecos) para sostener en una campaña exterior, la dignidad y el porvenir de España.»

Murió Prat de la Riba en 1917, en Castellfresol. Mientras se extinguía aquella llama poderosa, que había postulado «per una Catalunya i una Espanya gran», tenía a su lado a un varón enamorado de las súbitas tierras de Castilla y nacido en Madrid: el doctor Gregorio Marañón, llamado a consulta por el doctor August Pi i Sunyer.

Dicen que Prat de la Riba aconsejaba a sus amigos «no fer soroll» (no hacer ruido). Ahora que se prepara la vuelta de su busto al patio de los naranjos, cerca de la melodía del surtidor de San Jorge, quizá conviniera recordar su consigna. Y rendirle memoria dentro de aquello exigido, en la muerte de Joan Maragall, por Eugenio d'Ors; nadie habla de ese hombre sino después de un silencio muy puro.—Rafael MANZANO